

UN MUNDO DEL TAMAÑO DE UN GRANO DE SOJA

4 de marzo de 2016, Hacienda Nossa Senhora da Aparecida, oeste de Bahía, Brasil.

Hoy hace tres semanas que llegué "a campo", (a hacer trabajo de campo). Las dudas e incertidumbre del comienzo se han esfumado para entrar en la dinámica de la vida de la hacienda, hasta un punto en que ya no sé si es martes o domingo; lo único que me hace tener noción del día que estoy, es escribir este diario de campo. Me he levantado al salir del sol a las 5 para tener tiempo de estudiar antes del desayuno que es a las 6:15. En el comedor estaban los madrugadores de siempre, pero con mi ritmo lento de desayuno, principalmente causado por el café ardiendo y extremadamente dulce, me da tiempo de acompañar los horarios de desayuno de todos los trabajadores de la hacienda, hasta quedarme sola con *Thomas*, el cocinero, con el cual me quedo conversando mientras limpia los platos y siento el dulzor del café por toda mi boca hasta después de haberlo terminado. El sol a las siete ya calienta implacablemente sobre nuestras cabezas.

Cuando hace ya más de un año me propuse hacer una maestría en Brasil, con el objetivo de llevar a cabo una investigación sobre la agroindustria de la soja, realmente era incapaz de imaginar que un día, meses más tarde me despertaría en una hacienda que produce soja industrialmente, junto a un grupo de 30 hombres trabajadores y en la cual, no vería una mujer durante toda mi estancia de campo. Ser mujer en una hacienda llena de hombres y de la que no se sale es, cuanto menos, una experiencia curiosa. Desde el día que llegué, todas las mañanas tras el desayuno, nos montábamos en diferentes medios de transporte, camiones, camionetas, coches o motos y nos dirigíamos durante aproximadamente una hora y media, entre unos caminos de tierra arenosa roja, que colindaban por entre las separaciones de los campos de soja, hasta nuestro destino, saber que habíamos llegado, no era predecible de entre aquella manta de tierra de roja, sino una orden de quien parecía tener seguridad que aquellas tierras, eran las "nuestras".

Desde la primera semana me acostumbre a ir con un simpático camionero de 63 años, *Seu Jaime*. Él era del sur de Brasil, pero hacia cerca de 20 años que se había mudado a esta región de Bahía para trabajar como transportista de soja, trabajaba por cosechas en diferentes haciendas, intentando coger por lo menos dos cosechas al año de haciendas diferentes. Le insistía en que tenía edad de jubilarse, pero siempre me preguntaba "¿y entonces que voy a hacer?". Su camión era tan viejo y estaba tan cansado como él. Siempre mostraba con orgullo como yo había aprendido las sutilezas

de su camión, ya que era la única persona, además de él, que sabía abrir la puerta del camión. *Seu Jaime* escuchaba las 24h del día una música folclórica del sur de Brasil y se reía muy alto. En los últimos días se había acostumbrado a ser el último en salir de la hacienda, para darme tiempo a escribir el diario por las mañanas. Porque a la noche, (desde las 9 que llegábamos al campo hasta las 23 que volvíamos), estaba tan cansada que muchas veces ni conseguía escribir nada. En el camino hacia el campo, a la altura que se sale del desvío de la carretera para adentrarse en aquel océano de latifundios de soja, que ensombrecen la vista hasta donde alcanza el horizonte, *Seu Jaime* siempre me preguntaba si estábamos en el camino correcto. Al principio, me aterrorizaban sus preguntas, pensando que nos perderíamos en aquel océano y nunca encontraríamos el camino de vuelta a la carretera. El paisaje solo cambiaba por el estado de la soja: creciendo, muerta, siendo recogida o tierra roja esperando a ser plantada. Sólo el sol y las nubes cambiaban de posición en aquella tierra infinita, en aquel desierto de soja dedicada a la producción industrial de carne. Con los días aprendí a reconocer los agujeros de la tierra, para encontrar el camino hasta que consiguiésemos ver en el horizonte las segadoras y pudiésemos llegar hasta ellas.

Hoy sólo es un día más. Al llegar, abrí la puerta del camión, puse el pie en el primer escalón y di un salto, aterrizando en la tierra y levantando un poco de polvo. Cerré la puerta con fuerza, cogí mi mochila y me acerqué a la sombra bajo la que se refugiaban unos cuantos trabajadores mientras mantenían un intenso debate sobre el día que llovería. Me agaché y entre mis pies, ahí estaban, los granos de soja entre mezclados con la tierra, cogí unos pocos en la mano y los miré con detenimiento meditando. Tan pequeños y con una dimensión tan grande...Aquellos granos de soja, blancos amarillentos, secos, menores que un garbanzo, pensaba en el inmenso poder que tenían, sin tan siquiera ellos saberlos. Una producción, que ha sustituido la relación colonial de Brasil con el azúcar en la era actual, por la necesidad de comer carne diariamente. Sólo Estado Unidos produce soja autosuficientemente para producir el pienso necesario para crear animales, para la producción de carne dentro de la demanda necesaria de su país, pero no la exportan como hacen Argentina y Brasil.

Toda la maquinaria transnacional de producción de carne se resumía en aquel paisaje, en aquellos rostros comidos por el sol, en aquellos granos mezclados con arena que sostenía en mi mano, mientras pensaba que grande y que pequeño es el mundo global, que se puede sostener todo su significado en la palma de una mano. Un derecho conquistado de la clase trabajadora, el derecho a una alimentación digna, con más proteína animal presente en su cocina, es lo que condena a todos aquellos hombres con los que convivía, obligados a habitar haciendas, lejos de sus familias y amigas/os para producir soja, para poder comer carne. Una pescadilla que se muerde la cola, ¿acaso

no es eso el mundo que nos rodea? Un círculo vicioso de consumo que produce y crea tipos de vidas, de personas que serían anónimas si nadie hablase sobre ellas. ¿Quién sabe cómo es un latifundio de soja sino los trabajadores? Eso es lo que escribiré en mi tesina, escribiré la vida de estos hombres, que se levantan cada mañana en mitad de ninguna parte, para aportar su granito de arena en la gran máquina multilocal y global de producción de carne.

5 de marzo de 2016, Hacienda Nossa Senhora da Aparecida, oeste de Bahía, Brasil.

Hoy no ha salido el sol, por lo que nadie irá a colectar soja. Los granos de soja tienen que tener una humedad del 14% para que puedan ser cosechados, es lo estipulado en la industria. Por encima de esa humedad no se acepta en el silo y por debajo, la hacienda perdería dinero a la hora de pesar los camiones que entran en los grandes almacenes. Por eso, la colecta de soja no comienza hasta después de la 9 de la mañana, cuando el sol ya calienta la tierra con intensidad y cuesta sobrellevar el calor fuera de la sombra de los grandes camiones. El aire se vuelve asfixiante mezclado con el polvo cerca de los camiones, pero acaba compensando.

Después de escribir el diario, salí del porche y fui a cotillear que estaban haciendo en la hacienda en el día sin colecta. Vi que la mayoría limpiaba o arreglaba material que, normalmente, con las prisas de la recolecta, no era posible hacer. Al otro extremo de la hacienda, cerca de la puerta de la entrada, vi al gerente intentando arreglar una vieja máquina que lanza semillas de sorgo y mijo. Estas dos variedades de granos son utilizadas entre cosechas de soja, para no dejar la tierra desnuda, ya que debido a la paja de la soja muerta y el intenso calor, es fácil que todo prenda fuego. Con las entrecosechas se evitan riesgos y además, es posible vender estos granos como relleno del pienso animal a un precio muy barato, puesto que no tienen la alta calidad proteica de la soja, la cual la torna fundamental en el pienso (pudiendo engordar el ganado más fácil y rápidamente).

Mientras me acercaba oí maldecir desde la distancia al gerente, insultando a la máquina. Estaba con *Genivaldo*, uno de los trabajadores, con el que mejor me llevaba. Me acerque a ellos, me quede mirándoles y acercándoles las herramientas, cuando a lo lejos, vi a dos de las vacas de la hacienda aproximarse al almacén. En el almacén no se guardaba más que unas pocas toneladas de soja esperando ser vendida, pero estaba toda esparcida por el suelo y había empezado a pudrirse, el olor al entrar en el almacén era tan intenso que se cortaba la respiración.

En la hacienda, vivían una docena de vacas sin ningún objetivo particular de su existencia, además de su valor vivo; la razón principal de su existencia en la hacienda era que le gustaban a la patrona. Estas se pasaban

el día paseando por las inmediaciones de la hacienda y se refugiaban en la gran sombra de la anguera (árbol de mangos) en las horas más calientes del día. Puesto que de ellas no se obtenía ni carne, ni leche, su función principal era la de proporcionar anécdotas o apuestas dentro de la hacienda. En los últimos días había una apuesta sobre el día en que una de ellas iba a parir un ternero, la apuesta era alta, dos botellas de refresco de dos litros; también servían para contar cosas graciosas, como la vez que un ternero se quedó huérfano, porque su madre murió por la picadura de una cobra y los trabajadores decidieron adoptarlo y lo ponían a jugar a fútbol con ellos. Quitando estas pequeñas anécdotas, la vida de las vacas era pausada y tranquila, acompañando el movimiento del sol.

De entre el grupo de vacas, había dos vacas rebeldes. Estas, tenían la costumbre de escabullirse del grupo y entrar al almacén a comerse la soja que se estaba pudriendo dentro.

Este acto de rebeldía era frecuente en ellas en verdad, ellas entraban, el gerente se enfadaba y hacía alarde de toda su capacidad de dominación sobre las vacas, intentando expulsarlas de dentro mientras todo el mundo se reía y *Seu Tião*, principal responsable del cuidado de las vacas, se escondía asustado detrás de un árbol, preguntando si ya no estaban alteradas las vacas.

Esa mañana, era uno de esos días. Desde la distancia, vi a las dos vacas rebeldes, sigilosamente, aproximarse al almacén, fingiendo que eran invisibles y que nadie las veía. Para desdicha de ellas, no sólo fui yo quien las vi, el gerente las vio y empezó a maldecir todos los demonios y a las pobres vacas rebeldes comedoras de soja.

Con toda mi calma y le dije que dejase las vacas en paz para no tener que presenciar otro espectáculo. El gerente me miró enfurecido y me dijo:

- *"tu é maluca mulher? Ce acha que posso deixar as vacas comerem o dinheiro do meu patrão? Posso nao ele pira comigo! Não com as vacas!"* (¿estás loca mujer? ¿Tú piensas que puedo dejar que las vacas se coman el dinero de mi patrón? ¡No puedo! El se enfada conmigo, ¡no con las vacas!).

Después de eso salió corriendo hacia el almacén mientras *Genivaldo* suspiraba y se apoyaba junto a mí en la gran máquina, para asistir, otro día más, al gran espectáculo. Mientras observábamos el gran baile, gerente-vacas, me quede pensando: considerando la funcionalidad para la cual la soja es producida, fabricar pienso para alimentar el ganado, las vacas rebeldes, *per se*, no estaban equivocadas al ejercer su derecho de consumir la soja. El problema era que las vacas rebeldes no habían considerado que la soja, como *commodity* que es producida para el mercado internacional, tirada en el almacén de la hacienda, todavía no era comida. Esta no había pasado por todo el proceso mercantil en el que la soja se convierte en comida para el ganado.

Las vacas estaban confundidas en relación al momento adecuado en el cual podían ejercer su derecho de consumo de la soja. La confusión de las vacas en relación a lo que es valor de uso y valor de cambio, era entendible puesto que nadie les había explicado la diferencia. Cometieron la osadía (una vez más), de confundir un montón de soja tirada pudriéndose con comida, cuando era dinero, o mejor dicho con el valor de cambio que la soja adquiriría, para así convertirse en comida para ellas. La soja sólo necesitaba pasar por el “simple” proceso de: ser vendida en granos, almacenada, ensacada, transportada hasta la fábrica de pienso, triturada para separar el aceite de la proteína, separada, ensacada, vendida sólo como proteína, mezclada con otros ingredientes, ensacada como pienso, vendida y entonces sí, servida como alimento, en cuyo caso ellas, tuviesen el fatal destino del matadero, no teniéndolo, ni tan siquiera podrían consumirla.

Es paradójica esa relación que encierra la producción de soja. Cuando hablo con los trabajadores sobre sus vidas pasadas, siempre me repiten como después del Gobierno de Lula, que duró el suficiente tiempo como para poner en marcha muchos programas sociales en Brasil y que se hizo popular por ser el presidente que sacó del hambre y la “miseria” al país, los derechos conquistados son manifestados por adquisiciones materiales pero, principalmente, a través de lo que se come y lo que es deseable comer. Una comida “de verdad” está basada en arroz, con frijoles, un poco de ensalada y un trozo de carne. La carne presente incluso en la preparación de los frijoles se ha convertido en un símbolo de prestigio y se ha ido convirtiendo en una necesidad hasta llegar a considerarse que una comida, no es comida, sino está acompañada de carne. Pero es precisamente esta necesidad de carne la que hace que “el pez se muerda la cola”. Todos los días, los trabajadores, se quejan de como odian tener que vivir en la hacienda, pero es un derecho conquistado de la clase trabajadora comer carne, ¿cómo hacer ver que el hecho de comer carne (al igual que en otros muchos otros países Europeos y China) es lo que les condena a vivir en una hacienda que odian lejos de la familia? Ver esa relación y al mismo tiempo no poder expresarla al mundo porque al final, ¿cómo iba a juzgar a unas personas que viven sus vidas lo mejor que saben y supieron? Al escuchar sus historias entiendo muchas cosas, entiendo su forma de pensar y entender el mundo, entiendo la satisfacción que deben sentir al tener una alimentación digna, un sitio donde dormir, y, a pesar de estar lejos, proporcionarles eso a sus familias. Comprender ese punto de vista no me distancia de la comprensión con la relación global, sino que la acentúa porque permite ver la realidad social en cada átomo, de cada lugar del mundo que conecta culturas y realidades, atravesadas por fuerzas que ni podemos ver pero que están allí y podemos mostrar y denunciar.

6 de marzo de 2016, Hacienda Nossa Senhora da Aparecida, oeste de Bahía, Brasil.

Una vez más el sol ha salido para calentar la tierra. Vestida con vaqueros largos, botas y la camisa de manga larga reglamentaria. A pesar del calor el ambiente, es tan seco que ni deja transpirar la piel. Vi la nube de arena que atravesada el horizonte, la señal de que la comida llegaba. Al poco rato el gerente, se bajo apresurado dejándonos los envases de la comida de todas las personas que estábamos allí y de los que estaban en las máquinas. Se volvió a ir corriendo con la nube de arena roja tras de sí. Al poco rato vi la segadora de *Tico* aproximándose y le hice una señal para advertirle que la comida había llegado. Cuando estaba a unos pocos cientos de metros me silbó para indicarme que le aproximase la comida. Cogí uno de los envases y me dirigí entre la paja de soja seca después de haber sido cogida, pisando con fuerza los tallos. Me acerque a aquella máquina gigante y subí haciendo gran equilibrio los escalones, desproporcionalmente grandes y rectos hasta la cabina, mientras con una mano sujetaba el envase y con la otra en la barra me ayudaba a subir. Abrí la puerta y me detuve tres segundos para mirar a lo lejos desde la altura mientras le entregaba el envase y me gritó: "*bora filha! Senta ai vamo embora trabalhar!*" (¡vamos hija!, ¡siéntate ahí, vamos a trabajar!).

Cerré la puerta detrás de mi y me senté a su lado mientras él, con gran habilidad, ponía la segadora en marcha, daba la vuelta para seguir colectando soja al mismo tiempo que habría el envase en el que había: arroz, frijoles y un trozo de carne. Mientras comía y trabajaba me empezó a contar su sueño de comprar una tierra y hacer una casa, le pregunté si haría una huerta, se rió de mi y me dijo que no, que plantaría dinero, que plantaría soja, y siguió hablándome de su mujer, de su hijo y de sus planes de futuro, y yo, pensativa, le sonreía y miraba al infinito rojo que se extendía antes nuestros ojos, mientras dibujábamos en él, en forma de "S", un sin fin de vueltas al que llaman "desarrollo" en mitad de aquel océano industrial, que sólo es una pequeña parte de la gran maquinaria productora de comida industrializada y de comercio internacional, que parece ajeno a la tierra y a los sueños de quienes la habitan.